

“La Escarrapanchá del Teisu”

(EL ARTE Y LA MORAL)

POR R. DÍAZ MORA.

Los dos viajeros hicieron acto de presencia a prima tarde. Tras una comida improvisada, expusieron su objetivo, que no era otro que el de hacer una visita previa y una detenida inspección ocular del castillo de Trevejo. El profesionalismo y especialización del uno en lides histórico-arqueológicas y la afición fina y cultivada del otro, eran prueba segura y garantía firme de que no se trataba de una de tantas excursiones sentimentales, de esas en que los turistas lucen con alarde pedantesco datos seudoprobables pero admitidos como ciertos por sus imaginaciones calenturientas.

En el punto que nuestros viajeros hicieron parada completóse la caravana con la agregación de dos «rurales», a guisa de prácticos, conocedores del terreno y sabedores de historias y leyendas del país.

Dióse orden de preparar un destartalado receptáculo con ruedas que cumpliría su etapa al llegar a Villamiel, desde donde, a pie, se encaminarían al castillo. Puesto en funcionamiento el susodicho vehículo, emprendió una marcha asistólica, con horrisono fragor de latas de conserva vacías que se entrechocasen furiosamente, arrojando nubes de vapor por diversas partes de su estructura, y entre explosiones de sugestión bélica.

Felizmente arribaron todos a Villamiel. Y ya no pudo evitarse la presencia obsequiosa de amistades, alumnos, ex alumnos y coro general de curiosos. Cumplióse gratamente con el rito hospitalario, hicieronse loas del vino del país y de aquellas auténticas magdalenas y tartas de almendra, que, rara avis, se catan aún en escondidos lugares, a riesgo de la inquisición fiscal, por su adorable autenticidad, lejos de la imitativa de lo sucedáneo; al fin, comer una magdalena auténtica, sobre todo si la come un profesor de historia, no deja hoy día de ser la experimentación actual, la repetición de algo que ya tiene categoría de hecho histórico.

Rota la tirantez de los primeros momentos, establecida la confianza y sabedores ya de las intenciones de los recién llegados, alguno estimó necesario que no continuasen el viaje sin antes ver lo que de notable había en el pueblo, dentro del ramo de antigüedades de todas clases. Hubo que acceder y a fe que no se perdió la tarde: escudos barrocos, un tríptico románico labrado en piedra, más cosas, y por fin, saltó la liebre:

—Lo más interesante ya se nos olvidaba, y eso que han venido muchos a verlo, pintarlo y retratarlo.

—¿Qué?

—La «escarrapanchá del teisu».

Púsose en marcha la comitiva. En una pina y estrecha callejuela detrás de la iglesia parroquial situáronse todos frente a una ventana que se elevaba a pocos pies del suelo, resaltando del conjunto de una destartalada casuca de suelta mampostería.

Aquello era prodigioso. Se veía allí la mano de un artista popular, algo cultivado y sobre todo capaz de dar al trazo tosco de la obra una enjundia y una intención soberana. Quedáronse boquiabiertos.

Sobre el dintel de la ventana aparecía labrada con bastante corrección y dentro del total conjunto, como única figura tratada con respeto, la efigie de un fraile. Mirando de frente, tiene la mano derecha extendida, empuñando un cuchillo mientras con la izquierda intenta arrebatar un objeto inclasificable de cuyo otro extremo tira con ambas manos un estupendo diablo antropomorfo, desnudo, con los pies terminados en garra y con un rabo que se ondula en volutas elegantísimas. Del cuello del diablo pende una cadena que sujeta o parece sujetar el extremo del objeto que ambos personajes se disputan.

A lo largo de las jambas, bajan dos cordones labrados en piedra, terminados en borlas, de claro simbolismo eclesiástico. Y bajo la solera de la ventana a los lados de los cordones dos leones miran al centro, donde hay una figura de mujer desnuda, de cuya cintura pende una calabaza que le arrebató, en ademán de beber, un hombre, asimismo desnudo, situado a su derecha, mientras otro en igual atuendo, situado a su izquierda, tira del brazo de la mujer como impidiendo que el de la derecha beba de la calabaza de peregrino o que la mujer le dé a beber.

Y queda por último, la «escarrapanchá». Pero ésta, que da nombre al conjunto, ya no existe. Era otra figura de mujer, *in púribus*, «escarrapanchá», situada debajo del grupo anterior.

Cabe suponer que esta fantasía de piedra, fuese esculpida en la época de construcción de la iglesia. En el siglo XVI. Tal vez su autor fuese algún modesto cantero dotado de cierta cualidad artística. Pero lo interesante es que en aquellos tiempos de fe viva, en que un grave varón eclesiástico o seglar podía sonreír comprensivo ante la sátira de un respaldo de asiento de sillería de coro, donde la libertad de expresión y el desenfado no se paraban en temas, se producían santos de vigor de roble como un San Pedro de Alcántara y se sabía sonreír sin malicia y reír con carcajada rebelesiana. Y fué necesario que pasasen cuatro centurias para que un moderno cónclave edilicio, municipal y espeso, considerase conveniente picar la piedra. Ello se aviene con el carácter melífluo de la época, que ya no da manifestaciones de arte popular como la que representa esa ventana, porque el arte popular ha degenerado en repulsiva epigrafía y garabato carcelario o de letrina. En contra de aquel arte expresivo, sanguíneo y jocundo.

—Es que—explicaba una vecina—esa figura estaba muy impropia y como la puerta de enfrente de la ventana es la del juzgado y la de la escuela, no parecía muy bien que los «jijus» se encontraran a la salida con esa figura, que no enseñaba talmente las letras, y cuando venían a administrar justicia al Juzgado, tampoco estaba bien que el juez y el fiscal y el escribano, se echasen a la cara ese cuadro...

¿Qué motivos indujeron al artista a esculpir su obra? ¿Obró por propia inspiración y fué él mismo, acaso, el protagonista del asunto, o más bien obedeció a motivos extraños? ¿Representó, tal vez, algún hecho reciente o ya tradicional, conocido por el pueblo, alguna leyenda de la que tomó su inspiración?

Las partes del conjunto, ¿constituyen un todo, relacionado entre sí, con simbolismo determinado, o son simples caprichos ornamentales, aislados y con sabor satírico?

Analizadas una a una, vemos en primer término las dos figuras del dintel,

el fraile, protagonista indudable del asunto, en reñida lucha con el diablo; un diablo sarcástico y malévolo. Pugna el fraile por arrebatarle algo, representación material del poder diabólico, de la pasión, del pecado, sobre el hombre y de vencerle librándose así de quien sabe qué difíciles tentaciones. Del grupo puede sacarse esta deducción: la lucha del pecador contra la tentación. El contenido erótico, es aún más marcado en las otras figuras. Si se relacionan con las anteriores, el asunto reflejado es sin duda de este orden. Las de la solera de la ventana, simbolizan la lucha y la posesión sexual, en el hombre que bebe de la calabaza del peregrino que cuelga de la cintura de la mujer, mientras otro hombre trata de impedirlo atrayéndola hacia sí... y ella, en una actitud natural, sin violencia, se mantiene impasible en espera del resultado de la lucha que dará la victoria a uno de los dos y la libraré del dilema de la elección. No cabe dar a esta figura del hombre que hace esfuerzos por apartar a la mujer del que bebe, un sentido moralizador, de librarla a ella o a él de la tentación, ya que su representación le convierte claramente en rival del primero.

En todo el conjunto reina una unidad de intención y de expresión.

Los cordones de las jambas, servirían para acentuar el carácter del protagonista de la representación. Los leones, un mero elemento decorativo representativo también de violencia y furor.

En cuanto a la «escarrapanchá» propiamente dicha, en su actitud impúdica, y obscena, según se conserva en el recuerdo, sería acaso la única figura en la que el artista dejó correr su inspiración satírica. Como en tantas creaciones de todo tipo de arte, desde lo más elevado y sublime a lo más chocarreo, aquí, el artista, terminada su obra y volviéndose a quienes en su época, perfectamente al tanto de su intención representativa, la contemplasen, en vez de adoptar una actitud moralizadora, ni de elevarse a hablar del eterno femenino y de los riesgos que corre el ser humano tras el amor inconsiderado, parecería contentarse señalándoles su obra con gesto burlón mientras se se dispusiera a marcharse sosegadamente a beber un vaso «de bon vino».

Todo suposiciones. El tema es atractivo. Nuestros dos profesores provincianos, tomaron notas, apuntes, fotografías, e indudablemente han de aportar alguna luz sobre el asunto.

No pudieron recabar ningún dato conservado por la tradición; lamentablemente se ha perdido todo recuerdo. No hay archivos que revolver. Los escasos archivos municipales se han perdido por la incuria del tiempo y de los hombres, más de estos que de aquél, como el de San Martín de Trevejo, donde a fines del siglo pasado un secretario meticuloso y... aséptico, mandó tirar al río los inútiles papeles viejos contenidos en un armario de pared, porque se habían humedecido con las goteras...

No será posible, pues, hacer jamás una versión exacta. Pero como el tema se presta a sugestión, ¿no valdría la pena de urdir una leyenda verosímil situándola en tiempo y lugar conveniente y dar la versión como válida?

Dentro de cien años sería admitida como cierta por nuestros futuros curiosos investigadores, y quién sabe si la fantasía sola haría el milagro de dar con la verdad, cosa no conseguida en tantos otros temas embrollados por documentos contradictorios que no sirven más que para esconderla. En todo caso, y para este cometido, ¿no tiene ALCÁNTARA doctores que podrían responder?

CRONICA BREVE

La Obra Social del Movimiento, por iniciativa de su presidente-fundador, el Excmo. Sr. Gobernador Civil, D. Antonio Rueda, espíritu de afinada sensibilidad artística, ha decidido abrir la bella portada del Palacio Episcopal que da a la calle del Arco de la Estrella, realizando las obras necesarias para hacer desaparecer el tapiado que la cierra, y colocando una puerta con herrajes a tono con el carácter del monumento y el ambiente de la sugerida calle. ALCÁNTARA que ama y valora como el que más, la belleza incomparable del Cáceres antiguo, se congratula de tan meritoria iniciativa y desea se lleve a cabo felizmente.

SE HABLA DE...

José M.^a Valverde, en el «A. B. C.», de 24 Marzo último, con motivo de un penetrante artículo que Pedro Laín Entralgo dedica a nuestro paisano, el poeta que es José María Valverde, del que dice: «este mozo cetrino, espigado y animosamente triste, ha empleado las horas inciertas de su adolescencia en adivinar lo que las cosas y los hombres son, en desvelar con veneración por qué Dios ha creado el mundo.» Y termina diciendo que se apresta «a seguir con admirado temblor la huella ascendente de esta voz pura y nueva.»

Anaquelet de libros

«Romances toreros»

El pseudónimo de «Maizflor» es conocido en la literatura regional, y oculta el nombre de un alma femenina, María de la Hiz Flores, que acaba de dar a la estampa 27 romances de toreros, en los que por igual campean la soltura de una hábil versificación y la coruscante imagen que el tema requiere. Facilidad y belleza se alian de tal manera que los romances se nos adentran sin esfuerzo y nos llevan prendidos en su embrujo hasta un final que no quisiéramos ver, como no quisiéramos que se terminara el pase natural templado en cuya suerte se se recrean el torero y el espectador.

La imagen fluye grácil y cautivadora, sin esfuerzos ni extorsiones lorquianos, y ello es un mérito más dada la proclividad del asunto hacia la metáfora descoyuntada y deslumbrante. En resumen, un bello libro de poesías que viene a enriquecer con su jugo-

sa inspiración el acervo literario de nuestra región, y cuya autora merece nuestros más sinceros plácemes.

«Bibliografía de Vasco Díaz Tanco»

En Valencia, por la Editorial Castalia, se ha publicado este notable estudio, acerca del «Clérigo, Literato e Impresor de tiempos de Carlos V», extremeño, Vasco Díaz Tanco, original de nuestro colaborador don Antonio Rodríguez-Moñino. Se trata de una publicación que puede ser puesta como modelo tipográfico. Gran tamaño, buen papel, tipos góticos y magníficas reproducciones de portadas y páginas de los libros de Tanco. Pero además de este placer de la obra bien presentada, contiene la publicación de Rodríguez-Moñino diez papeletas bibliográficas de otras tantas obras del andariego frexnense, más un apéndice con el testamento y codicilo de Vasco Díaz, seguidos de una completa bibliografía de nuestro autor. No podemos decir más acerca del libro citado, ni hace falta. Baste agregar que publicaciones como la presente, aparte ser una honra para las prensas españolas, son de las que, poco a poco, van desvelando el pasado de Extremadura.

«D. Iñigo Antonio de Argüello Carvajal. (1602-1685)»

Contiene este libro, impreso en Badajoz, «en la oficina de la viuda de D. Antonio Arqueros» en este presente año de 1947, «noticias biobibliográficas seguidas de un epistolario inédito con el Doctor Solano de Figueroa, sobre temas histórico-genealógicos». Su autor es el infatigable investigador de cosas extremeñas D. Antonio Rodríguez-Moñino. Con lo cual huelga decir